

Carácter, temperamento y personalidad

(Del libro “Hacia UNA NUEVA HUMANIDAD libre y responsable”, de Julio Ferreras)

Son tres aspectos fundamentales en el conocimiento del hombre, que en el mundo occidental no se han estudiado en profundidad. De ahí que existan múltiples definiciones y estudios diferentes sobre el carácter, el temperamento y la personalidad, que no facilitan la comprensión y el alcance de cada uno de ellos. Sin embargo, en el mundo de la educación tienen una gran importancia, si se desea ayudar a los niños y adolescentes a desarrollar todas sus potencialidades. Por eso, todo profesor necesita conocer el temperamento natural de cada alumno, como defiende la Pedagogía Waldorf, el carácter que se está formando y, también, lo que significa la personalidad.

Dice E. Fromm que existe una gran confusión entre *temperamento* y *carácter*. “El temperamento —afirma— se refiere al modo de reacción y es algo constitucional e inmodificable; el carácter se forma esencialmente por las experiencias de la persona y, en especial, por las de su infancia, y es modificable hasta cierto punto por el conocimiento de uno mismo y por nuevas experiencias” (1985b, p. 65). Son muchos los autores que coinciden en que el carácter se forma en la niñez. “Se llega a considerar hoy día que los siete u ocho primeros años de vida son los más decisivos tanto para la formación del carácter y el equilibrio psicológico, como para el desarrollo de la inteligencia”, dice el profesor G. de Landsheere (p. 61). Y la neuróloga Levi-Montalcini afirma: “La educación, desde la más tierna infancia, forja el carácter y el comportamiento del adulto de mañana” (p. 21).

Hay diversas clasificaciones del temperamento. E. Fromm, entre otros autores, admite la teoría de los cuatro temperamentos de Hipócrates: melancólico, flemático, sanguíneo y colérico. En cambio, otros consideran superada esa teoría. La objeción de estos últimos es que ninguna persona puede representar, al completo, uno solo de estos temperamentos, razón por la que se defiende, cada vez más, las doce combinaciones de los temperamentos, es decir, cada uno de los cuatros en relación con los otros tres. Por ejemplo, sanguíneo-colérico, sanguíneo-flemático y sanguíneo-melancólico; colérico-sanguíneo, colérico-flemático y colérico-melancólico, etc. Con lo que se establecen doce posibilidades, donde el temperamento primero sería el más importante (en un sesenta por ciento), y el segundo, el secundario (en un cuarenta por ciento).

Para Jung hay dos tipos humanos esenciales: El introvertido (replegado sobre sí mismo y que rechaza el mundo externo), y el extrovertido (volcado hacia el mundo exterior). Según el psicólogo junguiano, P. Daco, estas dos actitudes coexisten en todo individuo, pero siempre hay un predominio de una de ellas (por predisposición, circunstancias, etc.). Y Jung —dice Daco— llega a establecer cuatro clases de introvertidos y otras cuatro de extrovertidos: el pensador, el sentimental, el sensitivo y el intuitivo (Daco, 1977, p. 343-345).

No hay duda de que el temperamento y el carácter constituyen la base de nuestras acciones físicas y mentales, y que nos predisponen a un tipo de comportamiento. Se ha comparado el temperamento a los cimientos y las paredes maestras de un edificio, que delimitan el tipo de edificio, y que no pueden ser

alterados sin que este se venga abajo; y el carácter, al resto de la casa, como los tabiques, las ventanas y la techumbre que se pueden alterar con mayor facilidad. Por eso, se dice que venimos al mundo con un temperamento que no podemos cambiar esencialmente, solo podemos cambiarlo ligeramente a través del carácter, que sí es modificable. De ahí que la tarea principal de todo educador sea la formación del carácter en el alumno. A. Escaja dice que el niño no nace con mal carácter, porque el carácter se adquiere (p. 76).

Nuestro carácter es, pues, la periferia, en el sentido de que no traemos ningún carácter al mundo, sino que lo crea todo lo que nos rodea: padres, maestros, amigos, sociedad. “El carácter se forma en las tempestuosas oleadas del mundo”, dice Goethe. Y P. Daco sostiene que el carácter está en continua evolución. “El carácter —afirma— es nuestra manera de responder a las circunstancias. Nuestro carácter determina nuestro comportamiento en las relaciones sociales, nuestra disposición sentimental y nuestro humor predominante. Depende de nuestro temperamento, de nuestro sistema nervioso y de nuestras disposiciones mentales” (1977, p. 16 y 433). Muchos relacionan el carácter con el destino, desde el dicho “siembra un carácter y recogerás un destino”, a Fromm que dice: “El destino del hombre es su carácter”.

En cuanto al temperamento, hay autores que defienden que la sede del temperamento se encuentra en las glándulas endocrinas o que tiene una estrecha relación con ellas (Daniel B. Leary), o como el biólogo J. S. Huxley que afirma: “Parece claro que el temperamento... depende sobre todo del equilibrio de las diversas glándulas de secreción interna, la tiroidea, la pituitaria y las otras. Bien podría ser que, más adelante, la fisiología aplicada descubra la forma de modificar el temperamento”. Estos y otros autores hablan de la importancia del comportamiento humano y las glándulas (cuyo estudio está aún en su infancia), hasta el punto de afirmar: “Comprended las glándulas y comprenderéis al hombre” (cita de A. Bailey en “El alma y su mecanismo”).

No se debe confundir, pues, el temperamento y el carácter. Podemos afirmar que todos los temperamentos tienen aspectos positivos y negativos, no pudiendo afirmar lo mismo de los diferentes caracteres. Por eso, probablemente, Fromm dice: “Mientras que las diferencias en el temperamento no tienen significado ético, las diferencias en el carácter constituyen el verdadero problema de la ética; éstas son la expresión del grado en que un individuo ha tenido éxito en el arte del vivir” (1985b, p. 64).

La necesidad de conocer las cualidades positivas y negativas del temperamento y los diferentes caracteres, se manifiesta en el ejemplo de una persona de gran fuerza de voluntad, valor, fortaleza, valentía, virtudes o aspectos positivos que catalogan a uno para ser un dirigente nato; pero es preciso conocer, al mismo tiempo, los vicios inherentes de ese temperamento, como son el orgullo, la ambición, la arrogancia, etc. Lo cual quiere decir que los aspectos positivos de ese temperamento, si no van acompañados —mediante el conocimiento y la reflexión— de un carácter comprensivo y amoroso, y no ambicioso y arrogante, pueden convertirse en una fuerza destructiva. Este caso es frecuente entre gobernantes y dirigentes de todo tipo.

En cuanto a la *personalidad*, es la que presenta más confusión, al equivocarla con el carácter o con el temperamento, e incluso a veces con la propia identidad del ser humano. Todo ello es una consecuencia de la falta de investigación en este campo de la psicología. E. Fromm define la personalidad como “la totalidad de las cualidades psíquicas heredadas y adquiridas que son características de un individuo y que le hacen único” (1985b, p. 64). Para él la personalidad comprende el temperamento y el carácter, además de otras cualidades; por eso, llega a decir que la personalidad humana no puede ser comprendida a menos que consideremos al hombre en su totalidad (1985b, p. 18).

En la misma línea, se define P. Daco al afirmar: “La personalidad es el conjunto de características constantes en cada individuo. En ella se hallan integradas la inteligencia, el carácter, el temperamento, la constitución, etc.” (1977, p. 16). Jung habla de la personalidad consciente y la personalidad inconsciente, para afirmar: “Tratándose de la personalidad humana en su conjunto, hemos de reconocer la imposibilidad de una descripción completa” (2001, p. 70). En cambio, en otro lugar dedica un capítulo entero al “devenir de la personalidad”, comenzando por estas palabras de Goethe “solo la personalidad da la felicidad a los hijos de la tierra”, para destacar la importancia de “desarrollar esa totalidad del ser humano que llamamos personalidad”, y donde dice, también, que la educación de la personalidad se ha convertido hoy en un ideal educativo que se opone a ese hombre estándar, colectivo o normal que exige el carácter de masa (Jung, 1996, p. 245). Después de tratar de diversos métodos educativos, de los padres y educadores, afirma: “La personalidad está en ciernes en el niño y solo alcanza poco a poco su pleno desarrollo a lo largo de la vida” (p. 249), y después, dice: “La personalidad no se puede desarrollar sin que uno haya escogido su propia vía conscientemente y por una decisión moral consciente” (p. 253).

“¿Qué es una persona? He aquí la cuestión más fundamental con que se enfrentan todas las psicologías”, afirman los doctores Walsh y Vaughan. Y en relación con la propia identidad, dicen que la mayor parte de las psicologías anteriores al modelo transpersonal han concedido un lugar central a la personalidad y, de hecho —dicen—, muchas teorías psicológicas sostienen que las personas son su personalidad (Maslow, 1994, p. 75 y 79). Esta identificación del ser humano con su personalidad, tan común en el mundo occidental, parece que ignora o no comprende el hecho de que el término “personalidad” viene de “persona”, que en latín significa *máscara*. Lo cual debería recordar que la personalidad es la máscara que uno lleva encima para representar la tragicomedia de la vida, pero nunca debería ser identificada con el actor. En cambio, en el mundo occidental, la máscara y la esencia del actor se han confundido.

La psicología oriental y la moderna psicología transpersonal, junto a algunos de los grandes científicos modernos, lo interpretan en el sentido de que la persona física es realmente la máscara que oculta la realidad esencial del ser humano, su espíritu. Identificarse con la persona es identificarse con la máscara, con lo que nos separa. Jung dice: “No somos personas diferenciadas (*persona* = máscara), somos seres conscientes de la unión común que existe entre los hombres” (el paréntesis es del propio Jung) (1996, p. 292). Y E. Neumann afirma: “La Persona es el vestido y el disfraz, la coraza y el uniforme en el cual y tras el cual el individuo se oculta, harto a menudo no solo ante el mundo, sino

también ante sí mismo” (p. 49).

La identificación, en Occidente, de la realidad esencial del ser humano con su persona y su personalidad, se debe a que el hombre —en su actual estadio de evolución— se identifica generalmente con su cuerpo físico, y no con su ser esencial interior. Así se ha desarrollado toda la ciencia clásica, basada en la realidad de la materia física y opuesta a la realidad del espíritu. Pero la ciencia moderna, que ha superado esa oposición materia/espíritu, ha abierto nuevos cauces y enfoques para comprender realmente la personalidad.

Por eso, Walsh y Vaughan dicen: “Desde una perspectiva transpersonal, a la personalidad se le concede relativamente menos importancia. Se la ve más bien como un solo aspecto del ser, con el cual el individuo puede identificarse pero sin que sea necesario que lo haga” (Maslow, 1994, p. 79). Esta visión de la personalidad tiene en cuenta el aforismo que dice: “¡Ten cuidado con el yo! Nada más que te descuidas un poco, se apodera de toda la personalidad”. Se trata evidentemente del “yo” inferior, egoísta y ambicioso, cuyo poder a veces ignoramos. Por eso, dice Assagioli: “Estamos dominados por todo aquello con lo cual nuestro ser se identifica. Podemos dominar y controlar todo aquello de lo cual nos desidentificamos” (Maslow, 1994, p. 81).

Integración de la personalidad

Los términos *integración* y *unidad*, referidos a la personalidad, son, al parecer, característicos de todas las psicologías, tanto occidentales como orientales, aunque cada una lo entienda a su manera. Así, P. Daco dice que “la personalidad no puede existir sin unidad” (1977, p. 16), por eso —según él— en la personalidad se hallan integradas la inteligencia, el carácter, el temperamento, la constitución, etc., como hemos visto. Otros hablan de que la personalidad la integran componentes físicos y psicológicos (y principalmente estos últimos, que pueden ser hereditarios o adquiridos).

Hay autores que manifiestan que la personalidad está compuesta de un conjunto de elementos altamente integrados entre sí y que funcionan de forma coherente. Para otros, la personalidad exige un estado de armonización en el individuo con ausencia de conflictos tanto internos como externos. Según la psicología oriental y la psicología esotérica —que coinciden en tantos aspectos— no existe personalidad si no hay integración de las tres naturalezas (o cuerpos) inferiores del hombre: el físico, el emocional y el mental inferior, que son los que componen la personalidad, según estas psicologías.

El ser humano viene al mundo desamparado en todos los planos, en el físico, el emocional y el mental; por eso, necesita construir y desarrollar un cuerpo físico, un cuerpo emocional y un cuerpo mental, y en ese orden, porque lo superior siempre aparece después de lo inferior para completarlo y perfeccionarlo. Maslow recuerda que lo superior se basa, descansa, en lo inferior, incluyéndolo (2007, p. 225). La verdadera integración de la personalidad consistiría, pues, en el desarrollo de esos tres cuerpos, en cada una de las etapas que algunos autores agrupan en septenios.

Así, en los siete primeros años, se desarrolla el cuerpo físico, de forma que la nutrición y la salud física son esenciales. Esta etapa se caracteriza también por la imitación; el niño imita todo lo que le rodea. De los siete a los catorce, es preciso desarrollar convenientemente el mundo emocional del niño, a través de los estímulos y el contacto con el arte y la naturaleza, entre otras actividades; por eso, cobra gran importancia la imaginación. Y es alrededor de los catorce años, cuando la mente comienza a tomar su protagonismo, desarrollando el juicio racional. Pero sin los dos cuerpos anteriores debidamente desarrollados e integrados, la mente no podrá realizar su mayor trabajo, que es la integración de los tres cuerpos bajo su control.

E. Fromm habla de la afirmación del yo individual (que no es el yo egoísta) en el proceso de individuación, en el cual “el niño se hace más fuerte —dice— desde el punto de vista físico, emocional y mental. Aumenta la actividad y la intensidad en cada una de tales esferas y al mismo tiempo ellas se integran cada vez más”. Y llama *yo* “al todo organizado e integrado de la personalidad” (1985a, p. 50-51).

La integración de la personalidad parece ser, pues, un rasgo característico de aquellos seres mentalmente desarrollados, cuyas acciones y comportamientos obedecen a una armonía y un equilibrio entre sus elementos constitutivos, cualesquiera que éstos sean. Por eso, se dice —con razón— de aquella persona en que predomina uno de esos elementos al margen de los otros, que “no tiene personalidad” o que es caprichosa. Una personalidad no coordinada implica una mente débil y sin entrenamiento. Se puede afirmar, pues, que uno llega a ser estrictamente humano cuando logra la integración y la coordinación de todos los componentes de su personalidad, y que ello exige siempre una actitud activa y crítica, específica del hombre que se libera, y distinta de la “actitud del simple ajuste o acomodamiento”, de que habla P. Freire, propia del hombre esclavizado. Por eso, Freire dice que el hombre es un ser integrado (p. 5 y 7).